

Lección No. 3.- EL "COMO" EN LA EVANGELIZACION

Siguiendo el ejemplo de Jesús descubrimos métodos y prácticas

10. A costa de grandes sacrificios

Antes de proseguir —y deseando ser bien entendido—, Paulo VI vuelve a relacionar estos tres conceptos elementales para la evangelización: el **Reino**, la **Salvación** y el **Evangelio**. Esta es la síntesis de todo tratado de evangelización:

- El Reino** es la meta final o «estado definitivo» al que deben llegar todas las cosas, esto es: El Reino de Dios, El Reino de los Cielos.
- La Salvación** va a ser para muchos «la llegada», el arribo a tal estado de cosas, a una situación ya inmutable, sin más cambios, que ha de constituir la vida eterna.
- El Evangelio** es «el anuncio» del Reino y de la Salvación.

El evangelizador no debe perder de vista nunca estos tres elementos esenciales de la evangelización, pues de perderlos corre el peligro de desvirtuar su actuación como evangelizador, y junto con esto su misión evangelizadora.

Por ello el Papa llama a las palabras «Reino» y «Salvación» —a propósito de su importancia—: «*palabras clave en la evangelización de Jesucristo*». Muchos que no lo entendieron así —o que ya dentro de su actividad de evangelizadores las perdieron de vista, o las olvidaron—, se fueron por el camino de las «añadiduras» secundarias, y dejaron de ocuparse en parte, o del todo, de lo que era esencial en su acción evangelizadora. Así, dejaron de ser evangelizadores auténticos para convertirse en agentes y anunciadores de cualquier otra cosa, menos proclamadores del **Evangelio**, del **Reino** y de la verdadera **Salvación**.

Afirma aquí el Papa que por *dos caminos* —que a la vez se distinguen y coinciden— recibe el hombre el Reino de Dios y la Salvación:

- el primero proviene de Dios mismo, por el camino de la gracia (recordemos aquí que 'gracia' viene del latín 'gratia' = 'favor', lo que se obtiene de otro, sin merecerlo el que lo recibe), y por misericordia de El. Esto es, que por este camino llegan el Reino y la Salvación al hombre sin que él ponga nada de su parte, sin su aportación, ya que al Señor le place regalárselo movido por su infinita bondad, la que —hablando a lo humano— le hace sentir nuestra desgracia original y actual.
- El segundo camino, en cambio, se debe a la iniciativa del hombre: por este medio le llegan el Reino y la salvación a través del esfuerzo y el empeño con que él mismo los busca, si bien, como dice san Pablo, aún este interés y deseo de búsqueda, son gracia divina: *"Mas, por gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo"* (1 Co 15,10). El segundo camino es el interés y esfuerzo que pongamos en obtener el Reino y la Salvación.

Estas dos vías de acceso, como vemos, son diferentes, pero pueden ser coincidentes, es decir, se presentan una con la otra reunidas de modo que parecen una sola: desde luego, la gracia y la misericordia divinas siempre están actuando en bien nuestro, de manera que el primer camino siempre existe, siempre está abierto. Nuestra disposición, en cambio, no siempre se presenta. Es en particular de esta última forma de que se instale el Reino y se opere la Salvación de lo que se ocupa Paulo VI en este inciso No. 10.

Para ello trae a la memoria dos citas evangélicas (Mt. 11, 12): "Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan." y Lc. 16, 16): "La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él."

Analizando estos pasajes coincidentes, los dos nos hablan de un personaje: Juan el Bautista, que con su vida y su misión es como un *signo vivo* que clausura la Antigua Alianza –la de la Ley y los profetas–, en cuyo transcurso el hombre estuvo atenido a la iniciativa divina para obtener la salvación.

Al mismo tiempo el Bautista es *signo vivo* de la inauguración de la Nueva Alianza, en que no sólo opera Dios para salvar al hombre, sino que desde ese momento éste ha de poner su parte, y así relata San Marcos cómo actuaba San Juan Bautista en su misión: "Voz que clama en el desierto: 'Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas'." (Mc 1,3).

Ese es el segundo camino por el que han de llegar el Reino y la Salvación, el cual prepara y allana el ingreso de la gracia. Para que penetren en ellos, a partir del anuncio de San Juan los hombres tienen que abrir la puerta de sus corazones.

Ya definido el segundo camino, ahora se va a ocupar el documento de instruirnos acerca de cómo es éste posible, para que conociendo sus asperezas y dificultades nos preparemos debidamente a la labor de aderezarlo.

Ante todo evitemos el perdernos: no vamos a abrir un camino que vayamos a recorrer para de encontrar el Reino, sino que prepararemos dentro de nosotros la inteligencia mediante la reflexión, y la voluntad motivando los afectos, que son el camino por el que el Reino entrará en el corazón. Se trata de un trabajo que va a ser para nosotros duro, difícil y contrario a nuestras humanas tendencias.

Es por lo que Paulo VI nos recuerda que ya Cristo había dicho que tan sólo los que «saben, pueden y quieren realizar esfuerzos» –**los esforzados**–, llegarán a trazar el camino, desmontarlo de las viejas malezas de nuestras tendencias desordenadas, allanarlo y pavimentarlo por medio de la docilidad y el desprendimiento, la renuncia a viejos ídolos que nos impiden acercarnos a Dios.

Cuando el Señor anuncia que el Reino "está en tensión" o "sufre violencia", nos propone estos dos conceptos:

- el primero –personal nuestro– indica que para llegar a poseerlo, antes tendremos que hacer muchas renunciaciones, realizar muchos esfuerzos.
- el segundo –ajeno a nosotros– es la oposición que encontraremos en el demonio, el mundo y la carne, que ponen toda clase de obstáculos dentro y fuera de nosotros mismos, para que no llegue a instalarse el Reino en nosotros.

Así pues –instruye la Exhortación–, debemos tomar la resolución de abrir un camino, empleando lo que se llama la «*motivación*» en nosotros mismos, pese a las fatigas y sufrimientos, a las contradicciones de nuestras tendencias y deseos, a la renuncia a lo que en muchas ocasiones nos parece legítimo, pero que acaso llega a constituirse en una barrera que impide instalarse el Reino en nosotros.

Esto nos recuerda la advertencia evangélica de que no se pueden tener «*dos señores; servir a la vez a Dios y a las riquezas*» (cf. Mt 6,24). La importancia de corregir nuestros defectos antes que mirar los ajenos; exigimos la perfección a nosotros y ser indulgentes hacia los demás (cf. Mt 7,3). Entrar por la puerta estrecha y olvidar la ancha, esto es, soportar las dificultades para ganar el Reino rehuendo la vida fácil (cf. Mt. 7,13). No quedarse en aspiraciones y buenos deseos, sino llegar a la acción (cf. Mt. Cap. 6 y Cap.7). En (Mt. 10,37) está quizá la advertencia más dura: la renuncia al amor si ese amor se interpone entre Dios y nosotros. La renuncia a la vida temporal (cf. Mt. 10,39) habla de los que aceptan llegar hasta el martirio por la aceptación del Reino, en un deseo extremo de obtenerlo.

Llama la atención que emplea Jesús la imagen de la cruz como símbolo de renuncia, aceptación y vida de perfección por la contradicción de sí mismo mucho antes de morir: «*El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí (Mt 10, 38)*».

Estas aceptaciones y renunciaciones no han de ser contempladas con sentido de conformidad pasiva, como algo que, no teniendo remedio ni posibilidad de eludirlo, se acepta con «resignación», con sentido del «fatalismo» de un ciego destino, lo que en el paganismo se decía «*fatídico*» (de *fatum*, el hado, el destino); pues si los dioses decidían quién debía sufrir o morir, al no poder rebelarse contra esto, había que conformarse sin remedio. Hacia Dios no hay resignación, sino adhesión y aceptación, a ejemplo de María Santísima ante el misterio de la Encarnación.

En el cristiano la aceptación de la cruz tiene un sentido profundo y firme de esperanza en una remuneración de proporción muy superior al valor de la prueba, remuneración que conocemos con el nombre de «*bienaventuranzas*».

Esta esperanza fue la causa de que los paganos de los tiempos de la persecución miraran asombrados a los mártires marchar llenos de alegría a la muerte y dar testimonio de su fe en medio de un contento portentoso: era la convicción del premio de una vida sin comparación mejor que la que dejaban. Del mismo modo la prueba –muchas veces más pesada– de la cruz de la vida ordinaria, día con día, puede ser soportada también con gusto cuando el hombre está inundado de fe y esperanza, pues no hay prueba que supere la alegría de quien está convencido de la excelencia del premio que le aguarda. (2 Tm 4,6-8).

Finalmente nos previene Paulo VI de que nada de esto es posible si antes no se ha efectuado un cambio interior dentro de nosotros. Si no se realiza en nuestro interior la «*metanoia*» (μετάνοια *metanoia* = cambio de opinión; viraje, conversión, esto es, hacer que en adelante nuestras aspiraciones y deseos miren hacia lo alto, a las cosas santas, limpias de pecado, a todo lo bueno, a Dios, según enseña san Pablo: *Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra.*» (Col 3,1-2).

Y volvemos entonces a lo que proclamaba el Bautista: "Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca." (Mt. 3,2) que es lo mismo por donde Jesucristo comenzó su misión pública, esto es su evangelización (Mt. 4,17). De hecho, lo primero en la evangelización es conseguir que los convocados se conviertan.

Y para que no se dude acerca de las disposiciones interiores, sin las cuales es imposible que este Reino se instale en el hombre; para que se entienda claramente que la implantación del Reino depende, antes que nada, de que cada uno de los hombres lo acepte en lo personal, Cristo mismo lo declaró explícitamente a san Pablo en su envío: "Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío, para que les abras los ojos; para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y para que reciban el perdón de los pecados y una parte en la herencia de los santificados mediante la fe en mí." (Hch 26,17-18). Todo viene como consecuencia de la conversión.

Con todas las enseñanzas contenidas en este solo párrafo, Paulo VI nos está instruyendo sobre una sola cosa: para ser evangelizador auténtico, debe realizarse en nuestro interior ese cambio interior sin el cual nosotros mismos, los evangelizadores, no podemos ser evangelizados. Corremos el riesgo de no pasar de ser ciegos guías de ciegos, y: "Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?" (Lc 6,39). Este cambio va a ser para nosotros un gran sacrificio, así lo anuncia el Papa, mas es necesario para quien se decida a colaborar en la evangelización.

11. Predicación infatigable

Dos son los factores que intervinieron en la manera como Cristo realizó su evangelización: la **palabra** y el **signo**:

La palabra hablada y escrita, por cuanto es el medio ordinario para que el hombre comunique sus ideas a los demás. Con todo, la palabra no siempre tiene virtud para convencer hacia el bien: como medio de comunicación social debería ser aceptada por todos –y su contenido creído por todos–; pero la malicia ha desvirtuado muchas veces su valor al emplearla con mentira y doblez de significado. Por ello es importante analizar en los Evangelios cómo fue recibida la palabra de Jesucristo entre los que le escucharon durante su vida pública.

Para nosotros en particular, este análisis es importante para entender cuál es la fuerza y eficacia de la palabra al convertirse en el medio de difusión del Reino y la Salvación. El ejemplo del Divino Maestro tiene una importancia fundamental.

Tres son las cualidades que deben existir en la palabra de todo evangelizador: **autoridad, verdad y claridad**; y de ellas se habla en las tres citas evangélicas que se consignan en el documento de Paulo VI:

hablar con autoridad: Ya hemos dicho que si por la palabra «*Evangelio*» entendemos la Buena Noticia, por la palabra «*evangelizador*» hemos de concebir a aquél que es portador de esa grata noticia.

Ahora bien, cuando Cristo se presenta a dar la noticia, lo hace a la vista de todos, quienes tan sólo aprecian la apariencia de un hombre. Con todo, no es un

hombre común que hable por sí mismo: es el «enviado del Padre», cuya misión es precisamente hablar de aquello que el Padre quiere darnos a saber: *“Los judíos, asombrados, decían: ‘¿Cómo entiende de letras sin haber estudiado?’ Jesús les respondió: ‘Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. El que quiera cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o hablo por mi cuenta.’”* (Jn 7,15-16). Asimismo, en la Última Cena descubre cuál haya sido el mensaje que nos trajo: *“(Padre) He manifestado tu Nombre a los que me has dado sacándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti; porque yo les he comunicado lo que tú me comunicaste; ellos han aceptado verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado.”* (Jn 17,6-8).

La autoridad con que habla, pues, el Señor Jesús, es la que proviene de quien le ha enviado, el Padre, Principio de toda existencia y autoridad. De aquí que Jesucristo habla con la más soberana y plena autoridad, la que se manifiesta en todo su esplendor en la escena de la Transfiguración: *“...tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante, y he aquí que conversaban con El dos varones, que eran Moisés y Elías; los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén. Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, y vieron su gloria y a los dos varones que estaban con El. Y al separarse ellos de El, dijo Pedro a Jesús: ‘Maestro, es bueno estamos aquí; vamos a hacer tres tiendas, una para ti; otra para Moisés y otra para Elías’, sin saber lo que decía. Estaba diciendo estas cosas cuando vino una nube y los cubrió con su sombra; y al entrar en la nube se llenaron de temor. Se oyó una voz desde la nube, que decía: ‘Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle.’”* (Lc 9,28-35).

Este “escuchadle” es a la vez mandato y sugerencia amorosa del Padre que en un rasgo misericordiosísimo se valió de su Hijo para darnos el mensaje de salvación, después de haber enviado a los profetas que no fueron atendidos. A esto se refiere el mismo Jesús en la parábola de los viñadores asesinos que aparece en (Mt 21,33-42), quienes mataron primero a los siervos mensajeros del amo, y finalmente mataron también a su hijo para quedarse con la herencia.

Este testimonio que da el Padre de Jesús es el que constituye la base de la autoridad de la Palabra con que El habla: *“Y el Padre, que me ha enviado, es el que ha dado testimonio de mí. Vosotros no habéis oído nunca su voz, ni habéis visto nunca su rostro, ni habita su Palabra en vosotros, porque no creéis al que El ha enviado. Investigad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí.”* (Jn 5,37-39).

Y es que también el Antiguo Testamento —en el cual solamente decían los fariseos creer—, era un testimonio que fincaba la autoridad de Jesús: *“He aquí mi siervo a quien Yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones.”* (Is 42,1).

Ejemplo da así Jesús de que nadie puede hablar acerca del Reino sin recibir autoridad para hacerlo. Hoy el evangelizador recibe esa autoridad del mismo Cristo —que la recibió del Padre— a través del mandato del Obispo: *“En verdad en*

verdad os digo: quien acoja al que Yo envíe me acoge a mí, y quien me acoja a mí, acoge a Aquél que me ha enviado." (Jn 13,20). "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñádoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo." (Mt 28,18-20). Este mandato, dado personalmente a los Apóstoles, implica la potestad de delegar funciones a sus colaboradores; de aquí nace el requisito de que para trabajar como agentes de evangelización, los miembros de la Iglesia se unan estrechamente con su Obispo y de él adquieran la facultad de evangelizar.

La facultad de enseñar que llega a los laicos desde el Obispo a través de la Jerarquía, es la que presta autoridad al agente de evangelización. De modo que es necesario mantenerse unido de algún modo y a través de alguien al Obispo para que la misión sea legítima. Comunmente esto se realiza a través del párroco.

hablar con verdad: constituye para el evangelizador una gran responsabilidad enseñar la verdad. Y para ello, junto con la invocación de la luz del Espíritu Santo —que no la niega jamás al que la pide con humildad y recta intención—, es necesario que busque su más amplia instrucción en la medida de sus posibilidades. De modo que constituye una peligrosa temeridad lanzarse a actuar sin la previa preparación tanto instructiva como formativa.

Hablar como Jesús es hablar sobre la verdad; constituye gravísima responsabilidad hablar sin certeza de lo que se dice; y en todo caso siempre será mejor pasar por ignorante, y con sencillez reconocer ante los demás las propias limitaciones, ofreciendo investigar e instruirse sobre lo que de momento no se puede responder, que faltar a la verdad; o al menos arriesgar la verdad de lo que se habla, cuando no se está seguro.

hablar con claridad: No basta hablar con autoridad y hacerlo sobre la verdad: es necesario **saberlo transmitir**. Y esto también exige preparación. De poco serviría proclamar con autoridad la verdad sin saberla difundir adecuadamente, haciendo de este modo lenta y difícil la propagación de la verdad.

No importa que lleve tiempo prepararse para poder enseñar: siempre los frutos se producirán después con abundancia efectiva por parte del evangelizador debidamente preparado para saber transmitir. Hacerlo de manera precipitada, sin preparación adecuada, sólo acarreará confusión de ideas, cuyo fruto amargo será la propagación de errores.

Con todo, también es posible comenzar a intentar la tarea desde el principio de la propia preparación, siempre que se tenga presente con humilde reconocimiento la limitación de la propia valía; conviene obrar entonces con sencillez, a sabiendas de que lo que de momento se puede hacer es poco, y comenzar prestando ayuda, de ser esto posible, a otro que tenga mayor capacidad, y de quien se pueda aprender; en todo caso, siempre acudiendo a quien más sabe.

Nada conviene que sea improvisado, nada expuesto con sólo aparente seguridad cuando sea ignorado: lo cierto como cierto, lo dudoso como dudoso, lo ignorado como ignorado, lo supuesto como supuesto; todo con ánimo de que sea esclarecido, y aclararlo consultando con quien más sabe hasta surgir la verdad.

Estas tres cualidades –en la justa proporción de la Persona de Jesús que hablaba– fueron las que hicieron que El maravillara a sus oyentes, que desautorizara a sus oponentes, que los de buena voluntad se le arremolinaran en derredor por escucharle: “Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedó asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas.” (Mt 7,28). “Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y los fariseos. Estos les dijeron: ‘¿Por qué no le habéis traído?’ Respondieron los guardias: ‘Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre.’” (Jn 7,45-46). “Jesús se retiró con sus discípulos a orillas del mar, y le siguió una gran muchedumbre de Galilea. También de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de la región e Tiro y Sidón, una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a El.” (Mc 3,7-8).

TODO REFERIDO A CRISTO: Es tan maravillosa la doctrina de Jesús, tan convincente la verdad cuando se le escucha, que con frecuencia el evangelizador será objeto de *personificación de lo que dice*; muchos de los que le oigan, le atribuirán el mérito de lo que dice, y así ellos le van a asignar la gloria que sólo corresponde a Cristo, a Dios. Es el secreto del éxito que consiguen muchos predicadores: no es tanto su modo de exponer, sino lo que exponen, lo cual sólo pertenece al que los envió. Es importante recordar el ejemplo de san Juan Bautista: “Viene un hombre detrás de mí, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo.” (Jn 1,30); “Es preciso que El crezca y que yo disminuya.” (Jn 3,30).

Cristo ha de ser quien sea manifestado y el evangelizador debe desaparecer.

PALABRAS QUE CAMBIAN EL CORAZON Y EL DESTINO: Termina el Papa este párrafo indicando cuál es el fruto de la palabra de Cristo: es lo único capaz de que el hombre se transforme en su interior, y que, como consecuencia, dé a su vida un cambio de rumbo.

12. Signos evangélicos

El segundo factor en la evangelización de Jesús fue el **signo**, es decir, que apoyó la palabra, la predicación, en signos exteriores y perceptibles por medio de los sentidos, para favorecer a sus seguidores, para hacerles más fácil el interés por su doctrina. Estos signos exteriores fueron los **milagros** y el **cumplimiento de las profecías**.

El milagro. Ya sabemos que el milagro es un suceso que contraviene las leyes de la naturaleza, cuyo legislador es Dios y, por tanto, solamente Dios es quien puede realizar el milagro, o un enviado suyo. Esto sucedió con los profetas.

Los milagros lograban captar la atención del pueblo porque, además de asombrar a la multitud, la necesidad material los hacía aceptar ser llevados a lo espiritual escuchando las enseñanzas. Iban de lo natural a lo sobrenatural.

La profecía. El cumplimiento de las profecías es también un signo; su importancia puede escapar a nuestros ojos por no ser judíos ni haber vivido en aquellos tiempos: para el judío de entonces, las profecías habrían de servir en su cumplimiento como señal de la llegada del Mesías; su presencia habría de ser

anunciada por ellas; su autenticidad debería de ser certificada por el cumplimiento de ellas. El que quisiera engañar al pueblo fingiendo ser el Cristo, habría tenido que pasar la imposible prueba del cumplimiento de las profecías.

Las profecías fueron variadas y muy importantes. Muchas eran desconocidas por el pueblo; algunas muy difíciles de explicar, aún por los doctores de la Ley.

Jesús, no aludió a todas, ni siquiera se refirió de palabra a las más importantes; simplemente las "vivió", esto es, se realizaron en El; en los que vivieron junto a El; más aún, se cumplieron en y por parte sus enemigos sin proponérselo ellos.

Un signo muy significativo es, no sólo que las muchedumbres vayan detrás de Jesús, sino que sean los más pobres los que las conformen. Esto no es algo desconocido para nosotros: también en los tiempos actuales se puede contemplar dondequiera, más aun, en nuestros templos. ¿La causa? pudiera ser que la necesidad haga sentir y reflexionar al necesitado que cuando los hombres no pueden o no quieren remediar sus necesidades, o sus medios son insuficientes para satisfacer sus, —acaso detrás de promesas que a la postre resultaron falsas, dejando defraudadas las esperanzas—; entonces es cuando el necesitado se vuelve a Dios y a sus enviados, acepta sus preceptos y los pone en práctica.

Parece que a veces Dios se vale de estos extremos para llamarnos; parece que es entonces cuando abrimos los oídos a su voz.

Si extendemos el sentido de la palabra *pobres* hasta abarcar con ella a todos los que padecen de alguna manera, entenderemos que en realidad, tarde o temprano todos entraremos en esa apreciación: pobres son los que no tienen dinero, también los que padecen enfermedad difícil o incurable; luego quienes llevan el alma herida, aquellos a los que agobia la soledad —lo más grave, la soledad en medio de la sociedad—, esos que no alcanzaron el éxito o cayeron tras de haber sido elevados en la fama, en el poder, en la estima de los hombres. ¡Cuántas formas hay de sentir la necesidad de Dios!

Es entonces cuando *nos convertimos* (*convertirse es cambiar el rumbo*), y emprendemos el camino detrás de Jesús; somos entonces los *pequeños* que escuchan el mensaje evangelizador. No era que no creyéramos, sino que había tantas cosas que nos ocultaban la verdad, nos distraían y nos alejaban por irnos en pos de ilusiones y espejismos vanos y engañosos.

Nadie es en realidad *rico*, todos de algún modo somos —antes o después fuimos o seremos— verdaderos indigentes de Dios. Ojalá esto nos sirva para encontrarnos con Jesús y seguirle: la auténtica conversión será el más feliz desenlace.

Para hacer su presentación ante el mundo, Jesús cumple esta cita bíblica:
"El Espíritu del Señor Yahvéh está sobre mí, por cuanto que me ha ungió Yahvéh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad..." (Is 61,1).

Termina Paulo VI citando la Constitución *«Dei Verbum»* del Vaticano II: *"El, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la Revelación y la confirma con testimonio divino."*